

—Ese Enrique, ese Enrique...
Y Enrique siempre despreocu-
pándose:

—Bueno, bueno...

Finalizaba mayo. Iba Enrique tranquilamente distraído. No oyó la bocina. Porque no llevaba bocina el camión. Ni oyó el camión. Se le echó encima en un abrir y cerrar de ojos. Quedó tendido en la calle. Parecía que, en vez de caminar él en el aire, el aire cabalgaba en él. Muchas caras, torcidas, absurdas, ilógicas, no le dejaban ver el cielo. Le hacía daño las miradas que, como agujas le cosían a una tierra blanda y húmeda. Vociferaban:

—Usted cometió el error.

—¿En qué iba pensando?

—¡Nos ha metido en un buen lío!

—La culpa es suya.

—Es usted culpable.

—El culpable.

—El culpable.

Enrique se moría como si vertiese todo su ser en un inmenso cántaro azul. Nadie le ofrecía ni vaso de agua y le devoraba la sed.

Se le acercó un amigo y le dijo:

—Enrique, por Dios, ¡tenías que ser tú!

El coro declamaba:

—¡El tuvo la culpa!

—¡El tuvo la culpa!

—¡El tuvo la culpa!

Miraba y no veía. Estaba profundamente solo. Dejó de rezar.

—¡Tuvistes tú la culpa!

—Bueno, hombre, bueno...

Y no dijo más, porque la voz le faltaba.

EXTREMEÑO

CACEREÑO

«Alcántara» es tu revista. Ningún pueblo, región o país puede elevarse en sentido alguno si desatiende sus problemas culturales. No hay progreso compatible con la ignorancia o el desdén hacia las cosas del espíritu.

«Alcántara» nació con estas miras y hoy quiere acentuarlas más que nunca. Suscríbete a esta revista que es la tuya, propágala entre tus amistades y defiéndela si te encuentras en otras comarcas o naciones, lejos del solar natal.

Amor por cada cosa

A veces siento amor por cada cosa,
por cada leve pasc en el camino,
por el afán que suma y se hace lino
con razón de vivir donde se posa:
unas veces en verso, otras en prosa
según sople la fuerza del destino
—alborozado tiempo o duro espino
que dirige mi sangre misteriosa.—

Amo. Y amar me vuelve tan sencilla
como un grano de trigo, una semilla,
una silvestre flor dulce y abierta.

Amar, porque me llena, aunque la vida
mortifique mi carne estremecida.
Florecer al amor después de muerta.

Matilde CAMUS